Homilía Te Deum - 18 de septiembre de 2020

Catedral Metropolitana de Puerto Montt

Chile ante nuevos desafíos

1. Un *Te Deum* inédito

Al comenzar estas palabras de reflexión, inspiradas en la Palabra de Dios, quisiera en primer lugar enviar un cordial y afectuoso saludo a todas las personas que nos ven en esta transmisión por Facebook Live o nos escuchan a través de Radio Belén. Este año estamos celebrando un *Te Deum* muy especial e inédito. Nos encontramos en la Iglesia Catedral vacía, sin autoridades civiles o de las Fuerzas Armadas, Carabineros u otras instituciones, y sin gente de esta arquidiócesis que hubiese querido venir a dar gracias a Dios por un año más de nuestra independencia. A todos ellos, los tendremos presente en este momento de oración y acción de gracias. En esta ocasión, hemos tenido que tomar los resguardos necesarios para realizar este acto tan importante de celebración de nuestro día nacional, en el contexto de la cuarentena que estamos viviendo en Puerto Montt, producto de la pandemia que nos golpea en nuestro país y en el mundo entero.

Seguramente más de alguno se preguntará sobre el sentido de una acción de gracias en medio de la expansión de una enfermedad que puede causar graves daños al ser humano, como de hecho lo hemos constatado lamentablemente en nuestro país. Cuando nos preparábamos a enfrentar un nuevo año con muchos desafíos que debíamos resolver como sociedad, especialmente después del estallido social del año pasado, la humanidad entera se ha visto amenazada por un microrganismo imperceptible a la vista humana. Hoy en nuestro país tenemos que lamentar más de 12.000 fallecidos por el covid-19, todos ellos con familiares que seguramente los recuerdan con tristeza y angustia, muchas veces sin que hayan tenido la posibilidad ni siquiera de despedirlos de acuerdo a sus creencias y tradiciones. Todos hemos visto nuestra vida cambiada. Muchos han perdido su trabajo o sus ingresos han disminuido, creando así un fuerte impacto económico y social que vemos a diario en las calles de nuestras ciudades. Los niños, niñas y jóvenes no han podido asistir a clases en escuelas y universidades, afectando así sus aprendizajes y formación, no obstante el esfuerzo heroico de miles de profesores, directivos y asistentes de la educación para llegar de distintas formas hasta los hogares de alumnos y alumnas, incluso en los lugares más apartados. Los adultos mayores se han visto más amenazados y por eso atemorizados por esta enfermedad, ya que son un grupo particularmente sensible a la acción del covid-19.

A pesar de todo esto y de tantas dificultades que aún no vemos cómo resolver, este día es propicio para elevar una acción de gracias a nuestro Creador y para

implorar su asistencia siempre eficaz para que oriente nuestras acciones y compromisos que nos permitan superar los grandes desafíos del presente. No se trata solamente de mirar el pasado y dar gracias a Dios por tener una nación y una tierra en donde hemos nacido y desarrollamos nuestra vida, sino más bien de agradecer que lo que valoramos del pasado nos permite mirar hacia el futuro con esperanza. Lo que podemos llegar a ser, se basa ciertamente en lo que hemos sido y vivido desde nuestra identidad tejida en el pasado.

2. Renovados en nuestra esperanza

Ante un panorama tan complejo para nuestro país, la Palabra de Dios proclamada en esta celebración nos abre un horizonte de esperanza. El profeta Isaías nos invita a reconocer la acción del Espíritu de Dios como acción renovadora y fecunda, al decir que: "Será infundido en nosotros un espíritu desde lo alto. Entonces el desierto será un vergel y el vergel parecerá un bosque". Dios no se desentiende de la situación de los seres humanos, sino más bien envía su Espíritu para renovar todas las cosas en aquellos que lo reciben. Su acción es tan eficaz que el desierto se transforma en un vergel y lo que parece carente de vida se transforma en una fuente de vitalidad. Aun las condiciones más difíciles y extremas de nuestra existencia, se pueden transformar en un camino de renovación y esperanza.

De eso nos insiste el texto del Evangelio que corresponde a las Bienaventuranzas proclamadas por Jesús en el Sermón del Monte. Con nitidez y con cierta provocación, Jesús llama felices a aquellos que se encuentran en las situaciones de mayor vulnerabilidad y fragilidad, así como los que se mueven por altos ideales para el bien de los demás. Felices son los pobres de espíritu, los que lloran y están afligidos y los que son perseguidos por causa de la justicia y el Reino de los Cielos. También son felices los mansos de espíritu, los que tienen hambre y sed de justica, los que trabajan por la paz y los limpios de corazón. Todos ellos son felices o pueden llegar a serlo, porque pueden recibir la bendición de Dios, a través de su Espíritu, que convierte el desierto en un vergel.

La felicidad es más que un momento fugaz de alegría, o más que la ausencia de problemas. La felicidad es un estado de plenitud en la vida, en el que podemos tener la certeza que nuestra existencia tiene sentido porque nos sentimos respaldados, apoyados y encaminados hacia una finalidad más alta que la de nuestra vida presente, porque vivimos y nos movemos para conseguir ciertos valores que enriquecen nuestra humanidad a veces herida o flagelada.

Las palabras de Jesús en las bienaventuranzas vienen a trazar un camino para todos nosotros en que, al recorrerlo, podremos encontrarnos con la felicidad, incluso ahora que estamos experimentando los efectos de una pandemia. Nuestro

compromiso por aquellos que más se han visto afectados últimamente en nuestro país, así como asumir la responsabilidad de actuar inspirados por los valores que Jesús proclama y promueve, son ciertamente la mejor forma para conseguir la tan anhelada felicidad.

3. El compromiso en medio de la pandemia

Los importantes acontecimientos que nuestra sociedad está viviendo, producto de la amenaza del covid-19, nos han recordado la fragilidad de la condición humana. La omnipotencia del individuo capaz de saber y acumular conocimiento, comprar y acumular bienes, viajar y acumular millas, gozar y acumular experiencias… todo ello se ha estrellado contra el espejo que nos muestra seres humanos imperfectos, necesitados de los demás y corresponsables en el cuidado de todo lo común. Necesitamos re-humanizar lo cosificado, porque los tiempos que vienen requieren de lo mejor de nosotros.

Para salir adelante de esta grave pandemia, se requiere, por una parte, la responsabilidad de cada uno de nosotros. Nuestra capacidad de decidir y actuar con libertad y autonomía se pone en juego en momentos de crisis, pues no podemos esperar que se nos diga y fiscalice permanentemente si estamos o no cumpliendo con las disposiciones que ayudan a frenar los contagios. De nosotros depende el que nuestra forma de actuar sea conforme al bien común, de manera que todos contribuyamos eficazmente al cuidado entre todos.

Pero también requiere, por otra, de la solidaridad mutua, especialmente por los más pobres, abandonados y vulnerables. Los efectos de esta pandemia no son solo en el orden de la salud, sino también trae efectos económicos con graves consecuencias sociales. Somos testigos de la pérdida de empleos y la disminución de ingresos y ante esto no podemos permanecer indiferentes. En los últimos meses, se han multiplicado las iniciativas solidarias en nuestra región. Todo esto nos habla de la solidaridad como camino de esperanza, pero es un camino que día a día tenemos que recorrer.

Nos ha admirado el temple con que muchos compatriotas han cumplido este año difícil una verdadera misión de honor. El personal de la salud y de otros ámbitos se ha jugado la vida en este tiempo y ha dado una clase magistral sobre lo que significa el servicio público. Como ellos, desde comunidades y organizaciones sociales, muchos líderes y voluntarios se han desplegado en el país para ir al rescate humanitario de personas con carencia alimentaria, familias inmigrantes sin techo, adultos mayores cuyo único capital ha sido la esperanza. Esa actitud de disposición y servicio que encontramos en los más sencillos, la querríamos ver siempre en todos los chilenos, especialmente en nuestras autoridades,

representantes y líderes: el dolor del otro es una urgencia que convoca y el bien común exige que ese sufrimiento sea prioridad.

4. Los desafíos de nuestra convivencia nacional

No sólo estamos actualmente desafiados por la pandemia, sino también por nuestra responsabilidad de ciudadanos en un país democrático y soberano. No debemos esperar que otros decidan por nosotros en las cosas que afectan a todos. Participar en las instancias de la sociedad civil, entre ellas los actos electorales propios de la democracia, es una forma de hacer presente los valores del Evangelio. Sabemos que la política es una de las formas más altas de la caridad, porque ella busca el bien común y la justicia social. Que Chile progrese en igualdad de oportunidades y con un trato más digno para las personas y grupos más vulnerables, no se logra por la vía de la violencia ni por la imposición arbitraria de un sector sobre otro.

Por eso, es importante asumir con responsabilidad la pregunta que hemos de responder el próximo 25 de octubre en el plebiscito constitucional. Invitamos a la ciudadanía a informarse y conocer las legítimas opciones que se presentan, para que cada persona, libremente, en conciencia, pueda formarse una convicción y concurrir con su voto. Desde la Iglesia estamos promoviendo una participación activa en el plebiscito, invitando a nuestros compatriotas a votar, con los debidos resguardos sanitarios, para que nadie se prive de este importante momento de discernimiento nacional.

Esperamos que el tiempo de campaña sea respetuoso y prudente. Nuestra sociedad espera de sus dirigentes propuestas y argumentos, no agresiones ni descalificaciones. También espera de todos los actores sociales y políticos un espíritu colaborativo y de servicio, de manera que nadie, especialmente los que más sufren la actual contingencia, se sienta instrumentalizado para fines ideológicos o sectoriales.

5. Ante el enfrentamiento, el camino del entendimiento

No quisiéramos que las diferencias políticas que reinan en nuestro país den paso a un clima de polarización y descalificación que lo único que trae es aumentar la confrontación entre connacionales. El tiempo presente nos exige un compromiso ético que sepa integrar las diferencias legítimas que puedan presentarse entre nosotros. Por eso, es necesario cultivar el entendimiento que solo se consigue a través del diálogo, la participación y la búsqueda del bien común.

Con tristeza constatamos como la descalificación, las funas, el amedrentamiento y la violencia han ido ganando terreno en nuestro país. La intolerancia y la falta

de consideración y respeto de la dignidad de la persona, y de toda persona humana, es el camino que favorece expresiones de confrontación y odio que conducen a la fragmentación y disolución de la sociedad. Por el contrario, una opción por el entendimiento, por la aceptación de los demás y por el compromiso para superar las diferencias sociales, los abusos y aprovechamientos, que tanto hieren la cohesión social, son la vía para que todos los habitantes de estas tierras nos sintamos en nuestra casa, sabiendo que los demás no son mis adversarios o una amenaza sino habitantes del mismo país, y que todos juntos formamos al pueblo de Chile.

En momentos de dificultad, la amistad cívica se hace indispensable ante la proximidad de procesos electorales.

6. Palabras finales

Al reunirnos, aunque sea a través de estos medios de comunicación remota, para celebrar un nuevo aniversario de la independencia de nuestra patria y agradecer a Dios por el don que hemos recibido por el hecho de ser chilenos y de vivir en estas tierras, también vemos que los desafíos y dificultades que debemos enfrentar son una gran oportunidad de poder vivir las bienaventuranzas en nuestro país y en nuestra región.

En estas fechas, los chilenos ponemos nuestra mirada en nuestras tradiciones que nos identifican y en la Virgen María, Reina y Madre de nuestra patria, porque sabemos que su manto maternal y protector expresa una especial cercanía de la Madre del Salvador. Confiemos a ella nuestro país, sabiendo que una madre acompaña siempre a sus hijos.

Que el Señor bendiga a nuestra patria. Así sea.

+ Fernando Ramos Pérez

Arzobispo de Puerto Montt